


ALFONSO XIII ANTE LA REPÚBLICA

por Ricardo de la Cierva 

ALFONSO XIII, depuesto y abandonado —quizá por sí mismo, en parte, una y otra cosa— vivió físicamente un atardecer, una noche y una madrugada de República en España; diez años de sufrimiento y lejanía no le bastaron, después, para explicarse aquella jornada. Que, sin embargo, fue todo menos una sorpresa; un rey empieza a marcharse el día que por primera vez amenaza con ello, y la Historia ha fijado ya la fecha de su primera amenaza: la primavera de 1918.

Una parada en Murcia

De todas las causas que provocaron la caída de abril Alfonso XIII llevaba clavada en lo más hondo, durante su viaje nocturno hacia Cartagena, la que él mismo había firmado antes de partir: «Ya no tengo el amor de mi pueblo». Discutible convicción, que para el grupo de consejeros que le decidieron parecía, desde la madrugada del 14 de abril, todo un dogma irreversible; un dogma que, a pesar de tantos estudios y de tantas polémicas, no se ha analizado todavía en su más honda dimensión, que tal vez sea sólo una dimensión propagandística y negativa; una dimensión —que también es histórica— de silencio casi total. En fin, si la amargura

de aquella noche pudo concretarse en un discurso íntimo hilvanado —aquella noche era de muerte, y la muerte es lucidez— posiblemente se difractase en tres franjas negras como el horizonte: tres franjas, tres nombres. Sánchez Guerra; Sanjurjo. Tedeschini, José Sánchez Guerra, y su oferta del 16 de febrero, al salir de Palacio, para que los conspiradores republicanos encarcelados formasen un Gobierno de transición; corazonada cerebral del último presidente del partido que, por ironías de historia monárquica, se llamaba aún conservador. (Nadie, desde la mañana aciaga, se ha atrevido a llamarse conservador en España.) Sanjurjo: otra mañana, la del 23 de marzo; Gran Cruz de Carlos III impuesta por el rey a su marqués del Rif, al símbolo vivo de su Ejército. Dicen que era poco; que Sanjurjo anhelaba el Toisón. Dicen también que era todo corazón, poca cabeza; eso vale para don José, el del desembarco valenciano, pero la Historia acabará por confirmar que la inteligencia de don José Sanjurjo no era inferior a su ánimo. ¿Por qué, entonces, se retiró en abril, por qué se cuadró —de paisano— ante Miguelito Maura, por qué dejó que los funcionarios de Telégrafos —nata

de la República— descifrasen su intempestivo telegrama? Es inútil; la historia no puede con ciertos reveses, con ciertos muros; no lo sabremos jamás. Tedeschini, Federico, arzobispo de Lepanto; al que cantaban los niños de Toledo: «Arzobispo de Lepanto, es de «Satanás espanto, por ser en virtudes rico»; el bienamado de las duquesas románticas; el que, según rumores que pocos días antes llegaron, seguros, al mismo trono, conspiraba con los padres de la República de Obispos; hasta que los rumores se convirtieron en historia, en la pluma de Josep Pla, en el archivo de Juan de la Cierva.

Sánchez Guerra, Sanjurjo, Tedeschini: el amor de mi pueblo; ¿o solamente los políticos a través del Ejército y de la Iglesia? ¿Solamente?

Cerca de Abarrán, provincia de Murcia, un grupo pensó en apostarse para colgar al fugitivo, de un balcón de la plaza (cinco años más tarde un bizarro coronel soviético tuvo que emplearse a fondo para reducir, en aquella tierra de cantón, amenazas más concretas).

Los tres autos se detienen en el mismo sitio en que lo hacen, incluso hoy, todos los autos que salen de Murcia; en el paso a nivel del Palmar, el único pueblo murciano que

se le resistió, a las puertas de su casa, a Juan de la Cierva. Bajaron todos durante la media hora de las inevitables maniobras: Alfonso de Orleans, acompañante del rey; el ministro de Marina, almirante Rivera, con el duque de Miranda, los tres ayudantes, Uzquiano, González Gallarza, Pablito Martín Alonso. Todos, menos uno, son militares; todos los militares de España habían jurado fidelidad a una bandera y a una corona; todos se hacían, en esa madrugada, la misma pregunta. El rey —la lucidez de la muerte— contesta a todos. «Aconsejó a los que se quedaban en España que actuaran dentro del régimen. A sus ayudantes les dijo: Seguid en activo; apoyades para que no se hunda España». (J. Cortés Cavanillas.)

Llegan al Arsenal cartagenero, todavía de madrugada. El rey saluda al comandante militar, general Zubillaga: «Despideme de tus oficiales y díles que acaten al nuevo régimen, porque lo que importa es España».

(Madrid, mañana ya del 15 de abril: miembros menores, jóvenes, de los tres grupos que encabezaron el abandono, la amargura, se levantan para celebrar, con la sorpresa aún viva, su primera reunión formalmente conspiratoria.)

Un teniente de navío: Luis Carrero Blanco

El rey embarca en su *amada nave*, como la llama Carlos Martínez de Campos; el crucero *Príncipe Alfonso* (futuro *Libertad*), que tomó, al salir de puerto, la derrota de Marsella. Izó, al salir de la vista del Arsenal, la bandera roja y gualda a popa, el pendón morado de Castilla en el penol. El comandante de un submarino tipo C, que acababa de emerger en regreso de prácticas, se extraña de que el crucero no responda a su saludo. Emboca el puerto; y arria su bandera, la última bandera bicolor que ondeó, hasta 1936, en aguas españolas. El comandante del submarino era el teniente de navío Luis Carrero Blanco. Muy lejos, en Zaragoza, se izaba en esa mañana festiva, y durante los días siguientes hasta la entrada en vigencia de un nuevo decreto, la últi-

ma bandera bicolor que ondeó en tierra: en el mástil de la Academia General Militar.

Corrieron pronto, por España, las historias del viaje. Todas giran en torno a banderas; aquello era una España de símbolos. El sastrer de a bordo, recosiendo la franja morada —del pendón real—; la primera petición del rey que le deniega un marino; sus mensajes prohibidos a las fuerzas armadas; la segunda negativa, esta vez a conservar la enseña del buque; la entrada en Marsella, sin colores, en medio de la niebla. La primera pregunta al pisar muelle: «¿Me han reclamado ya, de Madrid?» El empujón del segundo de a bordo al comandante. Ya ha empezado el destierro: la gente sólo desea, del bla, bla, bla...

Con graves problemas de bandera, o sin bandera, el crucero que regresaba a la niebla era el último trozo de España. El destierro comienza en la madrugada del 16 de abril de 1931, en el muelle de Marsella. Se endulza en el hotel, donde se agolpa el pueblo de Francia para saludar, en la desgracia, al gran amigo de Francia, al jefe de la Casa de Borbón. Alfonso XIII había por teléfono con la reina Victoria; buenas noticias al fin, sobre su familia salvada. La esperanza dinástica, el infante don Juan, está también a salvo en Gibraltar. Por la noche, en la *gare de Lyon*, el homenaje de París. Los buenos oficios del embajador Quiñones de León —fiel servidor en el destierro— tienen ya preparados los dos alojamientos: una suite en el hotel Savoy, de Fontainebleau; un *piéd-à-terre* en el hotel Meurice, rue de Rivoli.

La primera actitud

La primera prueba del exilio va a presentarse sin demora: la reacción del Cuerpo de Oficiales ante el enigmático decreto por el que don Manuel Azaña exigía una nueva promesa de fidelidad. Había corrido bien pronto la voz sobre las confidencias del rey en Murcia y en Cartagena. Un aviador laureado y monárquico ciento por ciento, Juan Antonio Ansaldo, recuerda: «Parecía además que el rey desde París se inclinaba más bien a que, salvo en casos excepcionales, los mo-

narquicos permanecieran en sus puestos, siguiendo con ello la línea trazada por su augusta abuela doña Isabel II, que tanto contribuyó a la posibilidad de la restauración de los Borbones en el Trono de España». Aun así, la nueva promesa de fidelidad al régimen —que aún no había cambiado oficialmente de bandera, precisamente por temor al Ejército— equivalía a borrar del esquema íntimo de las fidelidades militares la persona del rey, objeto formal del anterior juramento. Uno de los que firmaron la promesa, un título de Castilla y fiel monárquico, el comandante conde de Llovera, nos ha dado por primera vez, muchos años más tarde, las descarnadas estadísticas que se clavaron a distancia, sobre la amargura del rey: «Algo había de cierto en el asunto; pero los únicos que habían sido verdaderamente *leales* al régimen caído eran los pocos —veinte o treinta, entre el Ejército y Marina— que se habían negado, desde el principio, a firmar el simple acatamiento a los poderes constituidos. Ellos, en efecto, fueron apartados violentamente y aun quedaron sin retiro». (C. Martínez de Campos.)

Pero el rey fiel a su noble decisión de la primera noche, la mantuvo también ahora. El primer periodista que pudo entrevistarle en el destierro fue Juan Ignacio Luca de Tena, director de «ABC». El 5 de mayo de 1931 publicaba el gran diario madrileño estas declaraciones: «Estoy decidido, absolutamente decidido, a no poner la menor dificultad a la actuación del Gobierno republicano, que para mí, y por encima de todo, es en estos momentos el Gobierno de España. Quiero que lo digas, quiero que lo sepan todos, los monárquicos y los republicanos, cualesquiera que sean las interpretaciones torcidas que la pasión pueda dar a mis palabras. Soy sincero, y mi actuación futura demostrará la lealtad con que voy a cumplir este propósito. Los monárquicos que quieran seguir mis indicaciones deben no sólo abstenerse de obstaculizar al Gobierno, sino apoyarle en cuanto sea patriótico. En Zamora dije, en un discurso, que por encima de



Dofia Victoria Eugenia esperando el tren en las cercanías de El Escorial. Al parecer, camino del exilio, la reina exclamó: «Creía haberlo hecho bien...»

El camarote del crucero «Príncipe Alfonso» (rebautizado «Libertad»), donde Alfonso XIII pasó la noche, rumbo a Marsella.



las ideas formales de Monarquía o República está España, y ahora no tengo sino repetir aquellas palabras».

En la misma entrevista afirmó: «Yo no apruebo jamás que se excite al pueblo contra sus autoridades y sus agentes, ni que se especule con desdichas de la patria para desprestigiar al régimen. No quiero que los monárquicos exciten en mi nombre a la rebelión militar». (Palabras citadas, en parte, por J. M. Gil Robles en «No fue posible la paz».)

La caída de Alfonso XIII provoca un efecto inesperado, aunque lógico, dentro de las divididas ramas dinásticas españolas: un efecto de comprensión, y una tímida marcha hacia la unidad. La indiferencia e ineficacia, cuando no franco desvío de los «alfonsinos», mueven al rey para su acercamiento a sus primos carlistas que mantenían a través de las décadas, una fiel base de masas. Como los presuntos herederos dinásti-

cos de la tradición carlista —don Jaime «III» y su anciano tío don Alfonso Carlos— carecían de sucesión, algunos consejeros jóvenes de Alfonso XIII le instaron a que intentase una reconquista histórica de la legitimidad carlista. Otros consejeros con mayor experiencia, como Juan de la Cierva, a quien el rey visitó en Biarritz, donde además le pidió noblemente perdón por haberle acusado, en la tarde dramática del 14 de abril, de «no ver más allá de sus narices», no creyeron nunca en las posibilidades políticas concretas de algo tan inconcreto e intemporal como ha sido siempre el carlismo histórico y trataron de disuadirle del espejismo. Alfonso XIII por el momento no les hizo caso. Feliz con una carta de don Jaime en la que apuntaba el reconocimiento del infante don Juan como depositario de las dos tradiciones, firmó con él el 12 de septiembre de 1931, el «pacto de Territet», que preconizaba la unión de las dos ramas ante la decisión de unas futuras Cortes punto menos que Constituyentes. Pero el 2 de octubre muere don Jaime y le sucede en sus derechos don Alfonso Carlos; puro anacronismo muy dentro de la dialéctica carlista esta sucesión hacia atrás, y encarnada en un hombre tan arrancado de las páginas de la historia decimonónica que su *currículum* culminaba en dos momentos de aquel siglo: la defensa de la Porta Pia y la conquista de Cuenca, nada menos. Alfonso Carlos, en las primeras semanas de su nueva jefatura, acepta el espíritu y la letra del pacto de Territet. En vista de ello Alfonso XIII, alarmado cada día más por el sectarismo verbalista de las Constituyentes republicanas, publica, como simple ciudadano, su primer manifiesto después del 14 de abril, en el que sugiere ya, sin concretarla, una acción decidida de sus partidarios contra la previsible ruina de la Patria. En unas conversaciones que, al filo del otoño, mantiene con un experto exiliado, el gran duque Alejandro de Rusia, formula ya una de las constantes de sus reflexiones acerca de su caída; esa caída venía ya predeterminada desde antes de su na-

Acta acusatoria de las Cortes republicanas contra el Rey

«DON Lorenzo Carbonell Santacruz, alcalde-presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Alicante. Hago saber: Que las Cortes Constituyentes, en funciones de Soberanía Nacional, han aprobado el acta acusatoria contra don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena, dictando sentencia condenatoria, en uso de su soberanía, en la forma siguiente: "Las Cortes Constituyentes declaran culpable de alta traición, como fórmula jurídica que resume todos los delitos del acta acusatoria, al que fue rey de España, quien ejercitando los poderes de su magistratura contra la Constitución del Estado, ha cometido la más criminal violación del orden jurídico de su país; y en consecuencia el Tribunal soberano de la nación declara solemnemente fuera de la ley a don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena. Privado de la paz pública, cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetrara en el territorio nacional.

Don Alfonso de Borbón será degradado de todas las dignidades, honores y títulos, que no podrá ostentar ni dentro ni fuera de España, de los cuales el pueblo español, por boca de su representante legal para votar las nuevas normas del Estado, le declara decaído, sin que pueda reivindicarlo jamás ni para él, ni para sus sucesores;

De todos los bienes, acciones y derechos de su propiedad que se encuentren en territorio nacional se incautará en su beneficio el Estado, que dispondrá del uso más conveniente que deba darles.

Esta sentencia que aprueban las Cortes Soberanas Constituyentes, después de publicado por el Gobierno de la República será impresa y fijada en todos los Ayuntamientos de España, y comunicada a los representantes diplomáticos de todos los países, así como a la Sociedad de las Naciones».

Y en cumplimiento de lo ordenado en esta soberana disposición, se hace pública en este término municipal de Alicante la transcrita sentencia, para general conocimiento de todos los ciudadanos que vienen obligados a coadyuvar a su más exacto cumplimiento. Alicante, 7 de diciembre de 1931. Y firmaba, Lorenzo Carbonell Santacruz.

cimiento; su reinado resultó impotente para frenar el proceso de descomposición y de crisis en que, desde los desastres de fin de siglo, se debatía España.

La condenación republicana

Quizá los rumores sobre las primeras actividades críticas y pre-políticas del rey en París aceleraron una de las más ridículas iniciativas de la joven República, volcada en el desmoche de los símbolos mientras dejaba pasar, intacta su gran posibilidad auténticamente revolucionaria. El 12 de noviembre de 1931 las Cortes Constituyentes declaran a Alfonso XIII culpable de alta traición, le despojan de todos sus títulos y

bienes, le privan de la paz jurídica, le convierten de gran exiliado en simple fugitivo de la justicia histórica, y hasta de la justicia común. José María Gil Robles sentencia exacto: «Difícil será imaginar nada más triste y grotesco que aquella parodia de Convención.» Había primero, contra toda norma, el defensor, el bizarro conde de Romanones, el único diputado formalmente monárquico en aquellas Cortes de monárquicos tráfugas y vergonzantes. Después, Galarza y Pedro Rico —con los numerosos nombres respetables que pudo seleccionar la República, ¿por qué elegir a estos dos ejemplares que tan poco podían participar del adjetivo?— quienes atacan al rey, en frase del mismo Gil Ro-

bles, con «discursos que fueron auténticos monumentos de sectarismo, necedad y pedantería». Es el propio Gil Robles quien, fuera de programa, contraataca con precisa nobleza, lo que provoca un escándalo en el que se distingue el diputado Muñoz Martínez, quien debía favores especiales a la Casa Real. El ex ministro de la Corona y pronto Presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, lanza unas paletadas de barro sobre el rey indefenso; es uno de los momentos menos gratos de su vida política.

(El 15 de diciembre de 1938, vísperas de la definitiva batalla de Cataluña, el Gobierno de Burgos anulará mediante una ley la acusación republicana contra Alfonso XIII. La rehabilitación reglamentaria debería fijarse, como antaño sucediera con la condena, en todos los ayuntamientos de España.)

El error político máximo del ataque republicano consiste en algo muy parecido lo que por entonces emprendía la República contra otras instituciones que se habían mostrado plenamente dispuestas a apoyarla: la Iglesia y el Ejército. La Iglesia, el Ejército y la Corona habían formulado, personal y colectivamente, desde el 14 de abril, una serie de aceptaciones de facto que suponían toda una cuenta abierta de confianza institucional hacia el nuevo régimen. La reacción republicana fue absurda, suicida; en vez de aprovechar esa neutralidad benévola, identificar con las instituciones a los escasos grupos de activistas hostiles y responder a la confianza institucional con la agresión institucional. El mismo error, exactamente, que terminó con la dictadura de Primo de Rivera, mucho más que el desvío de los intelectuales y las algaradas universitarias que jamás pasan, en este país de desahogos marginales e impotentes; quien hunde a los regímenes en España no son los inútiles desplantes de los estudiantes sino la inhibición, ganada a pulso, de las instituciones y los grupos que las integran. Después de la condena de noviembre, Alfonso XIII comenzó a prestar oídos y aliento a esos activistas previamente desautorizados por él mismo; aunque jamás

MADRID DÍA 17 DE
ABRIL DE 1931
NUMERO SUELTO
10 CENTS

ABC

DIARIO ILUSTRADO
AÑO VIGESIMOSEPTIMO
N.º 8.833

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, NUM. 45, MADRID

AL PAIS

He aquí el texto del documento que el Rey entregó al presidente del último Consejo de ministros, capitán general Aznar:

Los elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.

Nota del Gobierno acerca del mensaje.

El ministro de Hacienda facilitó a última hora de ayer tarde la siguiente nota: «El Gobierno no quiere poner trabas a la divulgación, por parte de la Prensa, del manifiesto que firmó D. Alfonso de Borbón, aun cuando las circunstancias excepcionales inherentes al nacimiento de todo régimen político podría justificar que en estos instantes se prohibiera esa difusión. Mas como el Gobierno provisional de la República, seguidor de la adhesión fervorosa del país, está libre de todo temor de reacciones monárquicas, no prohíbe que se publique ni cree necesario que su inserción vaya acompañada de ocurrencias que la rebaten de momento. Prefiere y basta que el país lo juzgue libremente, sin ninguna clase de sugerencias ministeriales.»

abandonó la esperanza de lograr, a plazo medio, una evolución favorable para la monarquía sin necesidad del empleo de la violencia. Pero, desde finales de 1931, tampoco descartó, gracias al anacronismo republicano, la posibilidad de esa solución violenta que no quiso utilizar en la tarde del 14 de abril.

Renovación Española

A fines de noviembre, Alfonso Carlos y su romántica esposa de la boina blanca, doña María de las Nieves, se entrevistó con Alfonso XIII para confirmar el acuerdo dinástico y preparar nuevos manifiestos; los personajes exiliados son muy amigos de lanzar piezas de este tipo, que no lee casi nadie de mo-

mento, pero que resultan luego muy decorativos en las notas de los libros de historia. Tras el aluvión de las Constituyentes, con la República ya en plena marcha normal de lo que sería su primer bienio, las derechas reviven y se reorganizan; el 16 de diciembre de 1931 aparece el primer número de la revista monárquica *Acción Española*, dirigida por el conde de Santibañez del Río, vi-vero de la joven intelectualidad radical monárquica fascinada por la doctrina de Carlos Maurras y agrupada en torno al noble noventayochesco de don Ramiro de Maeztu. Un joven miembro del grupo, evadido de las ruinas del progresismo centrista, el catadrático Pedro Sáinz Rodríguez, inicia en

Mensaje del rey al país, publicado en «ABC» el 17 de abril de 1931. El Gobierno republicano no puso trabas a la divulgación en la Prensa de este manifiesto.

El nuncio apostólico cardenal Tedeschini con Manuel Azaña.



Sevilla gestiones para el acercamiento de los dirigentes alfonsinos y carlistas del interior; surgen así, los días 6 y 23 de enero de 1932, los manifiestos de Alfonso Carlos y Alfonso XIII, «Por parte carlista —resume, inapelable, don Jesús Pabón—, el viejo pleito queda definitivamente resuelto. Evidente e incuestionable». La Junta Suprema delegada del carlismo estaba entonces presidida por el conde de Rodezno, y formada por Victor Pradera, José Luis de Oriol y José María Lamamié de Clairac. Todos ellos se mantendrán siempre fieles a la unión reconquistada y a la colaboración clarividente con otros grupos de la derecha, por encima de los habituales candonalismos.

Pero los manifiestos de los dos jefes borbónicos están al margen de la historia auténtica que se llamaba entonces, en España, con tres nombres trágicos: Castilblanco, Arnedo, sublevación del Llobregat. Dentro del carlismo, el retorno de la vieja guardia integralista forzará un regreso a la utopía tras destruir en parte la prometedora unión de las dos ramas; el grupo ultra de *El Cruzado* separará a Alfonso Carlos y Alfonso XIII. Mientras tanto, don Antonio Goicoechea recibe, por medio de Jorge Vigón, el 12 de enero de 1932, poderes de don Alfonso para la reestructuración y la dirección de la política monárquica en España. Se van perfilando, a lo largo del año, dos direcciones entre lo que ya se designa inequívocamente como «las derechas»: la dirección católica, posibilista, templada, inspirada por don Angel Herrera Oria, futuro cardenal de la Iglesia, y acaudillada bien pronto por don José María Gil Robles, formidable parlamentario y notable organizador; *Acción Popular* es, desde el principio, un gran partido moderno, de auténtica vocación mayoritaria, formado en su inmensa mayoría por monárquicos —su propio Jefe lo fue siempre— pero fiel a las orientaciones vaticanas de insertarse legalmente en la República. La segunda dirección —que cristalizó a fines de año, a las órdenes de Antonio Goicoechea—, en un partido *Renovación española* era minoritaria y hasta exigua; pero reunía en sus filas a poderosas personalidades del mundo económico y profesional, y enarbolaba, desde sus reticencias, una plena fidelidad monárquica hacia la figura de don Alfonso, si bien acusó también desde las primeras semanas de República el impacto de la campaña de propaganda dirigida contra la persona del rey y propugnó, como alternativa viable, la sucesión inmediata en la persona del tercer hijo de don Alfonso, el infante don Juan. Dos importantes periódicos de Madrid asumieron el carácter de portavoz para cada una de estas direcciones: *El Debate* para los posibilistas de *Acción Popular*; *ABC* para los monárquicos,

con expresa inclinación a la evolución «juanista».

Los enigmas del diez de agosto

En el año 1932 un acontecimiento capital va a condicionar, mucho más de lo que hasta ahora se ha insinuado, el curso de la siguiente historia de España: la sublevación militar del diez de agosto, gran enigma histórico en el que no podemos detenernos ahora, pero sobre el que hemos de volver monográficamente lo antes posible, porque en torno a él todo se resuelve, cuarenta años después, con suposiciones, conjeturas y vaciedades. Hay un claro antecedente: los incidentes militares de Carabanchel el 27 de junio de ese mismo año, con el enfrentamiento de dos tendencias políticas dentro del Ejército, y la fulminante destitución por parte de don Manuel Azaña de varios altos jefes militares, entre ellos el jefe del Estado Mayor Central, don Manuel Godea, que pasa de nuevo a la esfera conspiratoria contra el régimen. En esta primavera los activistas monárquicos viajan por primera vez a Italia para procurarse la ayuda de Mussolini con vistas a un posible derrocamiento de la República. Sin embargo, es casi seguro que la sublevación de agosto no tuviera nada que ver con Alfonso XIII, aunque contó con el apoyo de algunos monárquicos. Ni entonces ni después había perdonado el rey a Sanjurjo su equivocada actuación de abril. El diez de agosto fue una reacción del descontento militar por las reformas de Azaña y ante la impotencia republicana frente a las primeras algaradas del anarquismo; supuso también la utilización de Sanjurjo, destituido tras la oleada de críticas contra la Guardia Civil, por parte de oscuros grupos políticos en conexión clara y confusa a la vez con intereses económicos amenazados por el reformismo verballista de la República; el diez de agosto fue, en resumen, una oscura encarnación de protesta militar incontralada alrededor del «No es esto, no es esto» que acababa de escaparse de los labios de don José Ortega y Gasset.

Pero cara al futuro el diez de agosto fue mucho más; por una parte, el intento republicano de acelerar el proceso de reforma agraria y autonómica; por la parte contraria, el franco y casi abierto planteamiento de la subversión monárquica. En la estela del diez de agosto se funda *Renovación Española*, cuando aún no ha terminado el año 1932: en los documentos originales de Goicoechea —que tenía para ello, como sabemos, expresos poderes de Alfonso XIII—, se registran los tres fines del movimiento. Primero, la consolidación del núcleo intelectual de *Acción Española*, revista de corte autoritario y maurrasiano, que albergaba además al grupo más decidido de conspiradores contra la República; segundo, «preparar un golpe de fuerza, mediante la propaganda en el Ejército y búsqueda de apoyo extranjero, principalmente en Italia», según esos documentos y, tercero, la constitución de un partido oficial «aparentemente legal», la propia *Renovación*.

A fines de septiembre de 1932 tres destacados miembros de *Acción Española*, Jorge Vigón, Eugenio Vegas y Paco Elisaga visitan a Juan Antonio Ansaldo en Biarritz para montar una etapa eficaz de la conspiración monárquica después del fracaso del diez de agosto. La primera decisión es una amplia recogida de fondos, que alcanza éxito inmediato; a cada contribuyente se le piden, como primera entrega, cinco mil dólares. El conde de los Andes y el marqués de Arriñuce son los tesoreros del exterior y del interior. A los pocos días el grupo comunica sus propósitos a Alfonso XIII durante una audiencia que les concede en el hotel Maurice. Este es el testimonio de Ansaldo sobre la audiencia: «Pue brotando de labios de su interlocutor el núcleo inicial del plan de acción, embrión de tantos sucesos posteriores, desembocado al fin en el alzamiento de julio del año 1936...»

Terminada la exposición de hechos y la aportación de datos y aclaraciones, Su Majestad demostró su profundo interés en la siguiente forma:

«Me habéis traído —dijo—



Don Alfonso a su llegada a Marsella, primera tierra extranjera que pisó en su exilio

Angel Herrera Oria en la década de los treinta



lo más importante, interesante y bien planteado que desde mi salida de España ha llegado hasta mí. Contad con mi apoyo decidido desde luego y esperad mi llamada, para que, después de reflexionar y asesorarme, concretemos más sobre la materia.»

Dos días más tarde, en el refugio de caza *La Croix du Grand Veneur*, en Fontainebleau, según el mismo testigo, «se perfilaron los últimos detalles y Su Majestad entregó a Ansaldo una carta autógrafa, en la que en pocas y categóricas frases le confería poderes para en su augusto nombre gestionar auxilios y desarrollar actividades encaminadas al servicio del ideal. Dicha hoja azul, con el membrete del hotel Meurice y sus renglones negros y enérgicos de trazo, sirvió en cientos de ocasiones para establecer los contactos deseados, como ejecutoria o carta credencial.» (J. A. Ansaldo.)

El organismo conspirador tiene, desde entonces, una rama militar, que Ansaldo identifica prácticamente con la demasiado famosa Unión Militar Española, UME. Esto parece cierto, aunque debería matizarse. Pero en el fondo no es muy importante; porque ya va siendo hora de decir que la UME no fue elemento decisivo en la conspiración auténtica que produjo el alzamiento de julio; Ansaldo se equivoca de lleno cuando hace arrancar el origen del alzamiento de la reunión de Fontainebleau. La auténtica conspiración se fraguó, muy a pesar de sus protagonistas, en los despachos del ministerio de la Guerra de Gil Robles; estableció contactos con la UME pero la dejó al margen. En todos los puntos de España en que la UME corrió a cargo del alzamiento, el alzamiento fracasó. Sólo un hombre del grupo conspiratorio que nació en 1932-1933 resultó decisivo en el auténtico alzamiento: Valentín Galarza, «el Técnico». Pero no en cuanto miembro o afín a la UME sino en cuanto enlace de los auténticos conspiradores eficaces. Esto nos llevaría muy lejos; lo importante es señalar que a partir del otoño de 1932 don Alfonso XIII está dentro de una de las ramas de la conspiración activa contra la República; y que esa trama, la UME, aceptaba la jefatura nominal y simbólica de Sanjurjo pero ofrece la jefatura efectiva a un desterrado en Niza, don Severiano Martínez Anido, quien la rechaza. La jefatura militar ejecutiva de la rebelión quedará, pues, vacante, hasta

que ya dentro del mes de mayo de 1936 la recoja, con el beneplácito de todos, aunque por iniciativa propia, el auténtico director de la gran conspiración, el general Emilio Mola Vidal, que no era precisamente un entusiasta de don Alfonso XIII.

El desagravio de 500.000 ex combatientes

En el mes de octubre de 1932 el inquieto periodista del ABC madrileño, Julián Cortés Cavanillas, conoce personalmente al rey en el hotel Meurice. No logra captar ninguna de las tramas que por entonces se anudaban en aquella suite histórica, entre otras cosas porque durante su destierro Alfonso XIII fue infinitamente más discreto que durante su reinado. Pero en su testimonio (J. Cortés Cavanillas) nos ha dejado interesantes rasgos humanos del rey:

«Don Alfonso tenía en aquellos momentos graves preocupaciones, unas de índole económica y las más dolorosas de tipo familiar, por la sorda rebeldía del príncipe de Asturias, que en el desvarío del amor y de la hemofilia había decidido tomar rumbos más en consonancia con la bohemia que con los deberes estrictos que impone la realeza.» Frente a tantas preocupaciones personales y españolas, una gran compensación moral para Alfonso XIII en Francia, de Francia: a la llamada de Armand Magescas, quinientos mil ex combatientes de la Gran Guerra, le envían su adhesión como desagravio personal, sin interferencias políticas, ante el trato que él y la familia real están recibiendo por parte de sus enemigos en España.

El horizonte español comienza a aclararse —con revelación de nuevas aristías mortales, también—, en el año 1933, que pasaría a la historia de Europa como el gran año de Adolfo Hitler. Ya durante el invierno 32-33 se nota excepcional actividad entre los exiliados españoles en París, algunos forzados, como José Calvo Sotelo, otros voluntarios, como Eugenio Vegas Latapie. Los ideólogos activistas de la monarquía española se vinculan cada vez más al cenáculo maurrasia-



Sanjurjo en Sevilla, el 10 de agosto de 1932. Su sublevación fue una manifestación del descontento militar por las reformas de Azaña.

Dos líderes de las derechas españolas durante la República: arriba, José María Gil Robles, jefe de la CEDA, hablando en el Teatro Pereda de Santander (agosto 1935); abajo, Antonio Golcochea, destacada figura de Renovación Española, durante un mitin (septiembre de 1934).

Mitin fundacional de la Falange Española en el madrileño Teatro de la Comedia, el 29 de octubre de 1933.

no, y toman posiciones ante la previsible irrupción de un fascismo más o menos matizado y menos o más original. Esto es importante: diez años de Mussolini habían evocado solamente vagos conceptos corporativistas en España; pero el fulgor de la marcha de las antorchas parecía preludio para un milenio y ya en otra ocasión hemos notado que en esta España de ilusiones todo el mundo siente una prisa morbosa para apuntarse a los milenios. En el enero de Hitler, la República de Azaña sufre el doble embate de una nueva rebelión proletaria en Cataluña y de la tragedia andaluza de Casas Viejas; allí naufraga definitivamente la ilusión de abril. Mientras determinados círculos político-económicos, nada ajenos a la Monarquía, convocan en España concursos de méritos para la preselección de caudillos fascistas, Alfonso XIII parte para el Medio y el Extremo Oriente en busca de su hijo, don Juan, oficial de prácticas en el crucero británico «Enterprise». Se encuentra en Ceilán, y durante la quincena de permiso del infante cazan tigres con el gobernador de Madrás y el maharajá de Mysore. Mientras tanto en España, en el congreso organizado por Acción Popular entre el 28 de febrero y el 5 de marzo, nace la CEDA; y simultáneamente aparece a plena luz pública Renovación Española. Uno y otro partido emergen con clara hostilidad mutua, que se va convirtiendo en implacable. Monárquicos y carlistas crean en el mes de marzo una oficina de



cooperación electoral —la TYRE, Tradicionalistas y Renovación Española—, con vistas a la previsible campaña de reacción derechista tras el agotamiento político del primer bienio republicano. En mayo, Alfonso XIII viaja a Roma para ganar el jubileo, junto a las infantas. Grupos de españoles peregrinos le aclaman, incluso en presencia del Papa, dentro de San Pedro. Pío XI le recibe, con emotiva cordialidad. En Venecia, un millar de catalanes y valencianos —que le han sido minoritariamente, pero especialmente fieles en el destierro— le reconocen y se desbordan. El rey piensa en trasladarse pronto a Italia, con carácter definitivo. Durante su estancia en Roma había de partido largamente con el cardenal Segura, con el padre Torres y los jesuitas españoles de Borgo Santo

Spirito, que le presentaron a su general el aristócrata polaco Wladimir Ledóchowski. Algún comentario menos adecuado se le escapó al Papa Negro sobre la España republicana. El rey le tomó con respeto la faja y le cortó: «No olvide, padre general, que esta faja es la de un capitán español». En esa misma primavera, con conocimiento, aunque sin directa participación del rey, los activistas monárquicos —Calvo Sotelo y Ansaldo, ahora— consuman su segundo viaje conspiratorio; el ex ministro de Hacienda concierta proyectos con Italo Baldo.

Pero Alfonso XIII concentra su atención en sus graves problemas familiares. El 11 de junio, en Lausanne, don Alfonso, el infortunado príncipe de Asturias, renuncia sus derechos antes de casarse con la señorita cuba-



na Edelmira Sampedro. El rey está ya en París, donde el día 19 de junio celebra la entrevista más secreta, mejor guardada de su vida; nada menos que con el jefe de la derecha republicana José María Gil Robles. Es seguro que si se hubiera filtrado la noticia la conmoción española hubiese colocado de nuevo al agonizante Azaña en la cresta de la ola; pero nadie se enteró, durante años. Acompañado por su segundo, Cándido Casanueva, hablan con Alfonso XIII y el duque de Miranda en el apartamento que el conde de Aybar poseía en la avenida de la Bordonnais. Gil Robles viene con una petición muy concreta; que el rey ordene a Renovación Española el fin de sus cada vez más violentos ataques contra la CEDA. «Sin ocultarle las grandes posibilidades que tenía de fracasar

—recuerda Gil Robles muchos años después— le anuncié mi propósito de gobernar con la República, aun considerándome monárquico, sin traicionarla.» La reacción del rey, según el testimonio de su interlocutor, no pudo ser más comprensiva ni más elevada; ante el fracaso y la nebulosidad de los activistas monárquicos, Alfonso XIII vuelve con decisión a la vía evolutiva, al espíritu de sus primeras semanas de destierro. «Nunca olvidaré —dice Gil Robles— el acento con que el rey me dijo conmovido: «Si con la República puedes salvar a España, tienes obligación de intentarlo. Ni tu tranquilidad ni mi corona están por encima de los intereses de la patria. Yo no puedo desautorizar a quienes públicamente defienden la causa de la monarquía, pero tampoco te crearé dificultades. Bas-

tante cruz has de tener con la experiencia a que te vas a lanzar». Puesto ya en pie, don Alfonso concluyó, mientras me abrazaba: «Por el bien de España, yo sería el primer republicano».

Dos días más tarde, el 21 de junio, se celebra la boda del príncipe de Asturias, desde ese día conde de Covadonga. Con la misma fecha, el segundo hijo del rey, don Jaime, le envía «formal y explícita renuncia por mí y por los descendientes que pudiera llegar a tener, a cuantos derechos me asistieran en la sucesión del trono de nuestra patria». Hay ciertos indicios sobre una carta muy posterior, en la que don Jaime, cambiadas sus circunstancias físicas, vuelve de su acuerdo. Pero hay otra ratificación posterior y fehaciente, una carta a su hermano don Juan, fechada el 23 de julio de 1945: «Protesto con toda mi alma contra la antipatriótica y antimonárquica maniobra de quienes propugnan soluciones contrarias a considerar a V. M. como único e indiscutible titular de la Corona de España... Precisamente para evitar toda posibilidad de futuras discusiones en cuanto a la indiscutibilidad del orden sucesorio, base fundamental de la legitimidad monárquica, cuando me resolví a contraer matrimonio con posterioridad a la renuncia que por mí y mis descendientes había hecho a los derechos que me correspondían a la Corona de España, elegí mi esposa fuera del círculo de las familias reales, condición indispensable; según las seculares leyes de nuestra Patria y Casa, para que nuestros descendientes puedan intentar reivindicar derecho alguno como tales personas reales». (J. Pabón, «La otra legitimidad».)

Dos semanas después de su primera entrevista, y por tanto a primeros de julio de 1933, Gil Robles vuelve a visitarle, en el mismo lugar, y ahora en presencia del marqués de Oquendo. Alfonso XIII mantiene la misma línea que en la audiencia anterior. Gil Robles comenta: «Cumplió su palabra don Alfonso». Poco después otro español obtiene nueva audiencia doble: Julián Cortés Ca-

vanillas, los días 20 y 23 de julio. Nada se trasluce de las entrevistas con Gil Robles. En la primera conversación el rey, ya decidido a trasladarse a Roma, habla del fascismo italiano con el periodista monárquico, futuro corresponsal de ABC en Roma.

«El fascismo —comentó Alfonso XIII— todavía no he conseguido saber lo que es... porque en definitiva no es doctrina en ningún orden, sino una bella dictadura personificada en un hombre de dotes excepcionales que está levantando el país...». «No acabo de ver claro dónde pretende llevar este hombre a su país con esos sueños de expansión.» En la segunda audiencia, el rey explica al periodista que varios monárquicos han venido a Francia para aconsejarle la abdicación. Se niega rotundamente a ella. «Yo estoy guardando silencio, a pesar de la triste situación de España, porque no quiero parecer un conspirador a quien mueve el resentimiento.» «Algunos aristócratas —continúa— que se me han venido a lamentar de la reforma agraria por el hecho de que afectaba a sus fincas no me merecen el menor respeto. Otras deben ser las preocupaciones de los auténticos españoles.» Evoca el desengaño de «los buenos curas que votaron a la República» y se queja de «mis artilleros, que han dejado pasar sin protesta la refundición de las escalas por decreto de Azaña», a pesar de que la actitud de los artilleros fue, como sabía bien el rey, esencial determinante de su crédito dentro del Ejército, y de la misma abstención del Ejército ante su caída. Esa caída es, para Alfonso XIII, «inevitable». Nuevamente insiste en que venía predeterminada por la situación de España antes de nacer él. La culpa no es de los hombres, sino del sistema, superado por los movimientos sociales y económicos del siglo XX. Los políticos se mantuvieron aferrados al «dulce liberalismo» y al partidismo disgregador. Por su parte, Alfonso XIII se mostraba orgulloso de haber impulsado personal y decisivamente la vuelta de España al concierto internacional. (J. Cortés Cava-

nillas, «Vida, confesiones y muerte».)

Una nueva dialéctica

Durante el verano de 1933 los activistas monárquicos se engranan con los primeros intentos para constituir un fascismo español. José Antonio Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda conversan a fondo con Ansaldo y Elisada —éste, hijo del tesorero de la conspiración monárquica, conde de los Andes— en San Juan de Luz. Uno y otro ingresarán bien pronto en la Falange, como fundadores. El ambiente parisiense se va enrareciendo para Alfonso XIII, que se asoma cada vez menos, incluso como lejano consejero, a la nueva singladura de la política española, dominada por la espectacular caída de Manuel Azaña en septiembre de 1933. Queda rota, profundamente, intimamente, la gran coalición republicano-socialista de 1930-31. La superficial dialéctica Monarquía-República, la de las formas externas, se plantea a más hondo nivel: revolución-contrarrevolución. Dentro del campo monárquico se rompe buena parte de la unión de armas dinásticas gracias a la intransigencia del nuevo jefe carlista en España, Manuel Fal Conde, designado por Alfonso Carlos como secretario regio general tras su alarde paramilitar en el campo sevillano del Quinti. El 15 de abril de 1934. El ascenso de Fal coincide con el retorno de los integristas que fuerzan el cese de la Junta delegada colaboracionista con los alfonsoinos; Alfonso Carlos ordena incluso la disolución de la TYRE, que se transfigura, desde la primavera de 1934, en el Bloque Nacional dirigido por Calvo Sotelo, y congrega en el comité ejecutivo a Pradera, Sainz Rodríguez, Lamamié y Ansaldo. El 4 de mayo Calvo había regresado del exilio francés; pidió su ingreso en Falange, pero José Antonio Primo de Rivera, poco afecto a la persona del rey y que no había perdonado al ex ministro de Hacienda lo que consideraba como un abandono de su padre en el momento difícil, cerró obstinadamente a Calvo Sotelo el

camino de la Falange. El Bloque Nacional nació entonces adversario de la Falange; y atrajo a muchos monárquicos falangistas, como el propio Ansaldo.

En esa agitada primavera Alfonso XIII se nos aparece ahora como totalmente marginado incluso por sus partidarios. En el tercer viaje conspiratorio a Roma de los activistas monárquicos participan también representantes del Ejército (más bien del diez de agosto) y del carlismo; los negociadores principales por parte española son Golcochea, (Renovación) Lizarza (carlismo) y el general Barrera. El pacto con Mussolini, demasiado famoso ya que no condujo absolutamente a nada práctico, se firmó el 31 de marzo de 1934; hay suficientes indicios de que los conjurados aceptaron la eliminación de las posibilidades de Alfonso XIII quien poco después viajaba de nuevo a Roma sin tener noticia de semejantes circunstancias, o al menos no hemos encontrado prueba alguna de que conociese al detalle las gestiones de algunos de sus hombres. El 3 de junio le visitaba, en el parque de Fontainebleau, el presidente de la JAP José María Vallente; la conversación confirmó la postura del rey el año anterior de acuerdo con Gil Robles, pero esta vez falló el secreto y fue precisamente el corresponsal de ABC, Mariano Daranas, quien reveló la entrevista en las páginas del diario monárquico. El escándalo fue tan enorme que provocó la dimisión de Vallente. Cuando Cortés Cavanillas visita al rey poco después, le encuentra obsesionado por la indiscreción de Daranas. Pregunta el periodista por la opinión que Acción Popular merece al rey. Esta es la respuesta: «El noventa y cinco por ciento de los afiliados a Acción Popular son monárquicos». Cree Alfonso XIII que Renovación española es «un reducido grupo de monárquicos entusiastas, pero de salón». Acción Popular, según el rey, visiblemente enojado con el nuevo desvío de sus leales teóricos, entregados al *juanismo*, cree que Acción Popular podrá lograr la mayoría y cambiar el régimen. «Yo aún creo en la



Soda en Ouchy (Suiza) del ex príncipe de Asturias, don Alfonso de Borbón, con la señorita cubana Edelmira Sampedro-Ocejo y Robato, el 21 junio de 1933

palabra de algunos hombres y en sus buenas intenciones.» Reprende a Cortés Canillas cuando éste le comunica su propósito de escribir un libro contra Gil Robles, «porque es echar leña al fuego de la división».

En ese mismo mes de junio, cuando el Partido Socialista Obrero Español preparaba activamente su revolución lustral que le purificase de la conjunción con los desunidos y desacreditados republicanos del primer bienio, Calvo Sotelo crea formalmente en Madrid el Bloque Nacional para «sembrar la mística de la reforma estatal totalitaria». En un manifiesto que firma el 29 de junio, don Alfonso Carlos introduce en las divisiones de la derecha monárquica un nuevo tema: la «legitimidad de ejercicio», palanca de los integristas para eliminar to-

da posibilidad de sucesión alfoncina a la Causa carlista ortodoxa. Ansaldo queda formalmente expulsado de la Falange, después de su reacción ante el abrazo entre Prieto y José Antonio Primo de Rivera en las Cortes. Hervía ya en España el prólogo revolucionario por partida doble: la generalidad había planteado con ideas muy definidas su pleito constitucional por el asunto de los contratos de cultivo; los socialistas tejían alianzas para su gran ocasión revolucionaria de octubre. Don Alfonso, cada vez menos a gusto en el París donde el seis de febrero de ese año habían nacido, envueltos en sangre, el fascismo y el antifascismo de Francia, busca descanso y paz veraniega en Austria, un país que en el mismo febrero había visto aplastar por las fuerzas de derecha un

ntento socialista revolucionario. El lugar elegido es Pörschach, junto a un lago idílico. Pero allí le persigue también la tragedia familiar; muere en accidente de automóvil el infante don Gonzalo; su hijo menor, querido por todos. Al comenzar el otoño, mientras España estalla en Asturias y en la plaza de San Jaime, nadie repara en que Alfonso XIII se ha trasladado definitivamente a Roma. Vive primero en el Gran Hotel; luego en Villa Titta Ruffo; vuelve al Gran Hotel, que será su última residencia en la tierra. Pero de vez en cuando retorna unos días a su amada París.

Sobre octubre no tuvo nunca Alfonso XIII —como el resto de los españoles, por lo demás— ideas claras de detalle; pero como consta por sus conversaciones contemporáneas, cobró muy neta conciencia de que aquello era un capítulo inconcluso y trágico, además de pesadamente tratado por los Gobiernos de centro-derecha. Le llegaron, a través de Ansaldo, las confusas noticias sobre el plan del Comité de conspiración monárquica para que el propio Ansaldo pasase a Sanjurjo, liberado ya y desterrado en Escorial, junto a los africanos expedicionarios del teniente coronel Juan Yagüe, en los arrabales de Oviedo, para lanzar desde allí nada menos que la marcha sobre Madrid. El general Franco, delegado especial del ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, vetó, naturalmente, el absurdo plan y el rey tuvo un elemento de juicio más para desconfiar sobre la capacidad real de sus activistas. Los elementos siguieron acumulándose en el mismo, triste sentido. En diciembre de 1934 Calvo Sotelo reestructura al Bloque Nacional, cuyo apogeo, según su jefe de milicias o guerrillas —el propio Ansaldo— consistió en tender una pancarta agresiva en la Gran Vía madrileña a principios de 1935.

Año de bodas y reproches

Ese año derechista y tranquilizador de 1935, el año de Gil Robles, es también el año de las bodas reales. Se abre el 14 de enero con la de la

hija mayor, la infanta Beatriz, con el príncipe Alejandro Torlonia. Cuatro mil monárquicos se congregan en Roma. Entre ellos Julián Cortés Cavanillas, a quien recibe el rey el 11 de enero. «Tenía ganas de verte para regañarte, porque eres un cabezota», le espeta don Alfonso con motivo de la reciente publicación del libro *Gil Robles, ¿monárquico?* Firme en sus convicciones sobre el tema, insiste el rey en que «la CEDA es una experiencia política que debe realizarse aunque fracase». Aprueba la valentía de Renovación española, cuyo fin es «ser monárquica sin antifaces». Abunda en la interpretación masónica de los males de España; «Si yo quisiera volver al trono de España me sería fácil con inscribirme en las logias».

Al día siguiente de la boda, el 16 de enero, los políticos monárquicos presentes comisionan al duque de Alba y al almirante Magaz, dos ex ministros de la Corona, para que pidan al rey un manifiesto intransigente contra el posibilismo de la CEDA. Comenta Gil Robles: «Don Alfonso, que desechó en absoluto el proyecto, se mostró, por el contrario, decidido a aconsejar a sus seguidores que se incorporasen a la alianza contrarrevolucionaria, ya que a su juicio lo que urgía era salvar a España como entidad nacional, y que las cuestiones de táctica política o de afirmación de fines propios fuesen consideradas como asuntos secundarios, dada la gravedad del momento». Las noticias sobre la boda callaron estos sabios consejos, y destacaron, en cambio, la composición de la mesa presidencial en el banquete: se sentaron junto al rey ex ministros suyos representantes del pasado, como el marqués de Alhucemas, portavoces del futuro, como José Calvo Sotelo. Ofració el homenaje, en nombre de todos, Juan Ignacio Luca de Tena.

El 9 de junio de 1935 nueva visita del fiel y tenaz Julián Cortés Cavanillas, que aprovecha una estancia del rey en París para presentarle a su esposa. Conservaba aún don Alfonso las huellas de un grave accidente de automóvil que acababa de



Roma, 12 de octubre de 1935. Boda del conde de Barcelona. la novia, del brazo de Alfonso XIII. Fue la gran fiesta de la monarquía exiliada

sufrir en Italia; le cayó encima el conde los Andes, que le produjo fuertes hematomas. (Por aquellas semanas sufría también un grave accidente de automóvil en Salamanca el jefe del Estado Mayor central de la República, don Francisco Franco Bahamonde.) El rey dice a Cortés que en octubre las derechas tuvieron una seria oportunidad para intentar el cambio de régimen; se equivocaba por compisto en esa apreciación. Dice también que admira el valor de los muchachos de Falange. Acierta en cambio, cuando afirma que el partido comunista español de 1935 no tenía una organización fuerte.

Cuando el 22 de agosto de 1935 Alfonso XIII visita en Puchheim a Alfonso Carlos para invitarle a un nuevo acto de unión con motivo de la próxima boda de don Juan, el conquistador de Cuenca, empeñado ya en su reconquistada disidencia integrista, dice a su primo que puede traerle al infante a título

de simple visitante particular. Terminan así abrupta y definitivamente las esperanzas unionistas de 1931.

La gran fiesta de la monarquía exiliada se celebra el día 12 de octubre de 1935, con motivo de la boda romana de don Juan con doña María de las Mercedes. Esta vez es Pemán quien habla en el banquete multitudinario; el rey, que le escucha por vez primera, se extasia. (No se ha comentado aún el vigor, la energía vital tanto como política con que Pemán sostuvo, en prosa y en verso, tantas esperanzas perdidas en tiempos aciagos.) Carlos Martínez de Campos comenta: «En 1935, en plena época Gil Robles, alguien sintió incluso la esperanza de una restauración monárquica. La boda de S.A.R. el conde de Barcelona tuvo lugar en Roma, el 12 de octubre, y el acto originó mucho entusiasmo. Después del entusiasmo, don Alfonso recibe a los dirigentes políticos de Renovación y del Blo-

que Nacional, a quienes dirige formidable filípica. Transmite Julián Cortés Cavanillas, testigo directo estas palabras: «Ni tenía intención de abdicar ni nadie sería capaz de romper el bloque granítico de la unión que formaban el monarca y el príncipe». Contra algunos asistentes se mostró el rey especialmente duro. Ofrece en cambio la posibilidad de abdicar una vez de vuelta, contados los honores, en el Palacio Real de Madrid.

Otras fuentes fidedignas fijan esta reprimenda en el día 13, siguiente a la boda. Señalan que asisten todos los representantes provinciales de Renovación Española en presencia de los ex ministros Yanguas y Calvo Sotelo. Indican que el rey llegó a sugerir la palabra trición para quienes pretendían forzarle a abdicar. Al día siguiente, en una nueva audiencia para aceptar las fieles disculpas de los aludidos, el rey adelantó la hora para que Calvo Sotelo, a quien temía, llegase tarde, siempre según esas fuentes. Y tras esta actuación Alfonso XIII desaparece del segun-

do plano histórico, hasta el final de la República, en paz.

Ocupa en cambio su puesto, y de forma que solamente cabe calificar de insensata, el mal aconsejado don Alfonso Carlos. El 23 de enero de 1936, en el momento menos oportuno de todo el siglo XX, instituye nada menos que la Regencia en la persona del aristócrata francés don Xavier de Bourbon-Parma. Pasan los meses trágicos y el rey queda totalmente al margen de la gran conspiración de Mola, la auténtica, la que desembocaría en el alzamiento de julio, no sin el fulminante puesto por los agentes uniformados de una República suicida: el asesinato de José Calvo Sotelo. El príncipe Xavier y don Alfonso Carlos participan en cambio, y de forma totalmente decisiva, en esa gran conspiración, si bien actúan tras el impulso suprapartidista de los fieles navarros. En el testamento parlamentario del jefe de la oposición monárquica agigantado en aquellas semanas, hay un párrafo revelador:

«Cuando se habla por ahí del peligro de militares mo-

narquizantes—decía el 16 de junio— yo sonrío un poco, porque no creo, y no me negaré una cierta autoridad moral para formular este aserto, que exista actualmente en el Ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera sería un loco, lo digo con toda claridad.»

Este párrafo explica muchas cosas de la historia inmediata y mediatamente posterior, desde el objetivo de *dictadura republicana* en los artículos de Miguel Maura y en las instrucciones subversivas de Emilio Mola; desde «el orden dentro de la República» en el manifiesto mellense de los oficiales franquistas hasta las secretas intenciones del tándem de generales monárquicos que condujo con tanta habilidad y decisión la triple elección, tan mal conocida, del propio general Franco en los días—definitivamente establecidos ya— 21, 27 y 28 de septiembre de 1936.

Pero esto sería el futuro. El alzamiento de julio fue una total sorpresa para Alfonso XIII, que recibió la noticia por la radio durante un descanso en el castillo bohemio de Metternich. El 19 de julio su hijo don Juan llamaba por teléfono a Juan Antonio Ansaldo para enterarse de lo que en realidad pasaba. Horas más tarde, Ansaldo volaba hacia Pamplona, en busca del trágico destino de Sanjurjo; días más tarde, el 31 de julio, don Juan, con la bendición de su padre, viajaba para incorporarse al frente de Somosierra, con las flechas de la Falange sobre el mono miliciano.

Muy pocos días antes, a instancias del marqués de Luca de Tena, Alfonso XIII, que no había creído viable su traslado a Burgos para detener la guerra civil—y repetir así su noble hazaña del 14 de abril, en viaje de vuelta— accedía, en cambio, a lograr de Mussolini que la escuadrilla de bombardeos *Savoia* destinados a Marruecos por vía marítima emprendiese, por el aire, su resonante vuelo mediterráneo.

R. de la C.

Carta dirigida por el rey a la duquesa de Algete en la que manifiesta su satisfacción por el decreto del jefe del Estado español que le devolvía la nacionalidad española

Roma, 18 Enero 1939

Querida Cristina :

Muchas gracias por entender mi estado de espíritu ante el Decreto.— Estoy radiante, me siento rejuvenecido al ser español de nuevo.

Te felicito por tus chicos que se están portando como buenos.

Felicidades a todos los tuyos, mucho cariño y fuerte abrazo de tu affmo.



Introducción

Una parada en Murcia

Un teniente de navio: Luis Carrero Blanco

La primera actitud

Acta acusatoria de las Cortes republicanas contra el Rey

La condenación republicana

Renovación Española

Los enigmas del diez de agosto

El desagravio de 500.000 ex combatientes

Una nueva dialéctica

Año de bodas y reproches